



LA VERIFICACIÓN DE LA FE

**Síntesis de Francesco Ferrari
en el Equipe de los universitarios de CL**

La Thuile (Aosta), 29 agosto - 1 septiembre 2023

LA VERIFICACIÓN DE LA FE

Síntesis de Francesco Ferrari en el Equipe de los universitarios de CL

La Thuile (Aosta), 29 agosto - 1 septiembre 2023

Közimniñ qarasy (La niña de mis ojos – Kalifarniya)

La Sua Figura (Giuni Russo)

Hoy cantaré (Oscar Clemotte)

Bastarían los cantos y laudes de esta mañana para concluir estos días tan maravillosos que Dios nos ha regalado. «Echo de menos la presencia de su figura», canta Giuni Russo. Es otra manera de expresar lo que hemos rezado: «Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor» (Sal 26,8).

Decía un amigo que ver a Cristo es como ver gente muy animada, pero no, ¡para nada! Ver a Cristo es ver a un hombre, que tiene un rostro, que tiene una figura, que tiene unos rasgos característicos.

1. LOS RASGOS EXCEPCIONALES DE CRISTO

No voy a resumir esta mañana toda la riqueza de estos días, solo quiero profundizar en lo que, junto a los amigos del Centro del CLU, hemos reconocido como las cuestiones más importantes que han salido. La primera

es sin duda esta: el rostro de Cristo, los rasgos excepcionales de Cristo.

Cristo era un judío que vivió en Palestina hace dos mil años. Hablaba una lengua humilde, pobre, iba vestido casi seguro con una túnica, como todos; probablemente era moreno y debía ser físicamente atlético, viendo todo lo que caminó y lo que aguantó durante la Pasión. También debía ser un hombre fascinante, teniendo en cuenta lo que le grita una mujer en un momento dado: «Bienaventurado el vientre que te llevó» (Lc 11,28). Sin duda era un hombre bueno, de una bondad inmensa, que ni siquiera podemos imaginar. Era un hombre inteligente, que sabía responder a las provocaciones de la realidad de forma original: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21). Explicaba la vida con parábolas. Era un hombre al que le encantaba estar con la gente pero también, muchas veces, estar solo

en silencio. Sentía preferencia por los más desesperados –prostitutas, viudas, publicanos, leprosos– pero tampoco le disgustaba estar con los ricos, como el joven rico, que además quería que fuera discípulo suyo, o con los poderosos, como Nicodemo. Era un hombre libre, hablaba con libertad, no dependía de las opiniones de nadie. Pero sobre todo era un hombre que realizaba gestos excepcionales que nadie más hacía, hacía milagros, milagros de varios tipos: ahí estaban las curaciones, pero también estaba el milagro de una comprensión del corazón humano como nadie. Los evangelios usan un término griego que podría traducirse así: «Jesús miraba por dentro». Sobre el joven rico, dice el evangelio: «Jesús se quedó mirándolo [lo miró por dentro], lo amó» (Mc 10, 21). Comprendía el corazón de forma milagrosa, ningún otro hombre sabía leer así el corazón de la gente. Cristo realizaba gestos excepcionales.

2. LOS DISCÍPULOS DELANTE DE ÉL

Los discípulos que lo seguían estaban fascinados por esos gestos, por esos rasgos tan particulares. Estaban fascinados por sus rasgos más externos, más sencillos. De hecho, debía ser fascinante mirar a este hombre, cómo hablaba con la gente, cómo se relacionaba con el mundo –¡pensad en la persona que más queréis y multiplicadlo por 500 millones!–. También les atraían sus gestos extraordinarios. Cuanto más estaban con él, más le seguían y más les sorprendían esos rasgos tan excepcionales, les dejaban sin palabras. Cuanto más convivían con él, más remitían esos rasgos excepcionales a algo escondido, secreto, a un corazón que empezaba a vibrar en los discípulos. Remitían a algo que suscitaba una pregunta: «¿Pero quién eres? ¿Quién es este? ¿De dónde viene toda esta belleza, esta fuerza, toda esta excepcionalidad?». Y cuanto más lo seguían, más les urgía esa pregunta. Los discípulos querían entender cuál era el origen de esa excepcionalidad.

No todos quisieron entender. Estos días uno de nosotros preguntaba: «¿Qué necesidad tengo de decir “Cristo”?». Ninguna, no hay ninguna obligación, depende de lo que tú quieras. Es tu decisión.

No todos quisieron entender quién era aquel hombre, muchos se conformaron con lo que ya pensaban. Los discípulos no, los discípulos querían entender. Pero no sabían ni podían responder a esa pregunta: «¿Quién eres tú, Cristo, quién eres realmente, de dónde vienes?». Solos no. Era imposible.

De hecho, a esa urgencia suya, a esa pregunta, es Cristo quien responde: «Yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida. Yo soy el Hijo de Dios. Yo soy el sentido de tu vida, el significado de tu existencia, de la existencia del mundo entero. Soy la razón por la que tú existes, por la que tú vives, amas, sufres, deseas. Soy el sentido de todo tu sufrimiento. Yo soy Dios». Tratemos de quitarle todo el desparpajo con que solemos usar esta palabra, Cristo. «Yo soy Dios». Pensad en la primera vez que empezó a decir estas cosas: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Es como si yo ahora os dijera: «Yo, Francesco, ¡soy la Verdad!». Imaginaos la conmoción y el asombro que os invadirían.

«Yo soy el origen y el significado de esa promesa que define tu vida, el cumplimiento de ese corazón que tienes, de todos tus deseos». «Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”» (Sal 26,8). En un momento dado, Cristo desveló su rostro, su rostro más auténtico, su rostro más profundo.

3. EL INICIO DE LA FE

Ahí, delante de lo que Cristo decía de sí mismo, es donde nace la fe. Porque la fe, dice Giussani, es reconocer una presencia. Los discípulos, en un momento dado, empezaron a reconocer esa presencia. No solo la excepcionalidad de aquel hombre, sino quién era realmente. Dice Jesús a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», y Pedro responde: «Tú eres el Mesías» (Mt 16,15-16).

El Mesías quiere decir el enviado de Dios, el mismo Dios.

Cuando Pedro dio esa respuesta reconoció la verdad más profunda de aquella presencia. Pero cuando Pedro dio esa respuesta tenía ante sus ojos a un hombre, no estaba viendo la divinidad de Cristo, ¡estaba viendo a un hombre! ¡El mismo hombre que había visto una hora antes! Pedro empezó a creer lo que ese hombre le había dicho de sí mismo. Tenía fe en él, confiaba en lo que ese hombre le había dicho de sí y por eso lo veía con verdad, lo veía mejor que todos los demás que se conformaban con decir de ese hombre lo que ellos mismos habían decidido.

«Tú eres Dios». La fe es esa confianza en las palabras de otro que te lleva a un conocimiento mayor, más verdadero. «Los discípulos veían su humanidad, pero creían en su divinidad», nos decía ayer Martino. Veían su humanidad, pero creían en su divinidad, en lo que él les había dicho.

Proyección: *Cristo Salvador*, de A. Rublev.

Este es un icono de principios del siglo XV. Desde el principio del cristianismo, el arte ha tenido el problema de cómo representar a un hombre que era Dios. ¿Cómo se puede mostrar con rasgos humanos algo que no es solo humano? El culmen artístico de este deseo es justamente el icono. Por este motivo, los iconos nunca son excesivamente realistas. No era el realismo físico lo que les interesaba, sino mostrar dentro de una realidad humana algo que no era humano. De hecho, los iconos se pintaban rezando, como un gesto de búsqueda: «Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”». Los discípulos veían a un hombre, pero creían en su divinidad, es decir, en lo que ese hombre había dicho de sí mismo. Esto les hacía ver más, entender más, reconocer más.

Ese acto de fe en lo que aquel hombre decía de sí es una gracia. Fue una gracia el encuentro con Cristo (los discípulos no decidieron

encontrarse con Cristo); fue una gracia la fidelidad a Cristo en su convivencia con él. Fue una gracia el acto de reconocimiento verdadero de su presencia, creer en sus palabras; fue una gracia creer en su resurrección, es decir, creer que aquel rostro no se acabaría jamás, que habían vencido todos los límites, que verdaderamente era Dios. Ese es el inicio de la fe.

4. UNA CUESTIÓN DE LIBERTAD

Este reconocimiento es una gracia. Como decíamos, los discípulos no podían responder solos a la pregunta: «¿Quién eres?». Es Cristo quien les ayuda a responder. Es una gracia: el Espíritu entra en la vida para ayudar al hombre a reconocerlo. Pero decir que es una gracia no significa decir que los discípulos no fueran libres. De hecho, no todos lo reconocieron, pero todos (los discípulos y el resto) tuvieron que posicionarse delante de él.

Hay una famosa página donde Giussani cita el *Diario* de Kierkegaard: «La forma más baja del escándalo, humanamente hablando, es dejar sin solución todo el problema en torno a Cristo. La verdad es que se ha olvidado por completo el imperativo cristiano: tú debes. Que el cristianismo te haya sido anunciado significa que tú *debes* tomar una postura ante Cristo. Él [aquel rostro], o el hecho de que Él exista, o el hecho de que haya existido, es la decisión clave de toda la existencia». Esa es la página del *Diario* que cita, luego comenta Giussani: «Hay ciertas llamadas que, por su radicalidad, cuando un hombre las ha percibido, si actúa como un hombre, no pueden ser eliminadas, censuradas [ciertas llamadas de la vida: “¡qué cosa tan bella!”, ya no puedo censurarlo]. El hombre está obligado a decir sí, o a decir no. El hombre no puede desinteresarse ante el hecho de haberle llegado la noticia de que un hombre haya declarado: “Yo soy Dios”; tendrá que intentar alcanzar el convencimiento de que la noticia es verdadera o que es falsa» (*Los orígenes de la pretensión*

cristiana, Encuentro, Madrid 2011, p. 42), si puede creer a ese hombre o no.

Si un frutero dice que tiene las manzanas más ricas del país, yo puedo desinteresarme, ¡me puede dar igual! ¿Pero cómo me va a dar igual que haya un hombre que dice ser Dios?

Los discípulos, como todos los que se encontraron con aquel hombre excepcional, en un momento dado tuvieron que posicionarse, usando su libertad, y decidir si se fiaban de él o no. «¿Por qué tengo que decir “Cristo?”». No tienes que hacerlo, pero tienes que decidir, eso sí. La excepcionalidad que ves apela a tu libertad.

¿Por qué es importante subrayar esta dimensión de decisión personal, de libertad personal? Porque solo si la fe es una decisión mía, solo si la fe es un acto de libertad y por tanto un acto mío, puede ser mi fe, puede ser un acto humano, puede ser un acto de amor.

Cristo, al presentarse en nuestra vida, se presenta siempre buscando y respetando, mendigando nuestra libertad. Por eso eligió un signo tan frágil, discreto y fácilmente malinterpretado como nuestra compañía. Más aún, eligió un signo tan frágil, discreto y aún más fácilmente malinterpretado como el pan y el vino en la eucaristía.

Esta discreción de Cristo es su forma de mendigar nuestra libertad. Ya lo decía Péguy en una página muy famosa: Cristo es tan discreto que pasa a través de un signo tan frágil como una compañía y una eucaristía, un pedazo de pan, porque quiere ser amado libremente, casi gratuitamente, es decir por amor, no por obligación. Como un amante que nunca fuerza el «sí» de su amada, lo espera. Es Dios quien habla: «Acaso gusta ser amado por esclavos [...] / Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado libremente, las sumisiones ya no presentan ningún atractivo. / Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado por hombres libres la postración, las inclinaciones de los esclavos ya no significan nada [...] / Me gusta encontrar en ellos como una cierta gratuidad / Que sea como un refle-

jo de la gratuidad de mi gracia [precisamente porque es gracia, debe ser libre: la gracia es un gesto de amor y pide una respuesta de amor]. // Que sea como creada a imagen y semejanza de la gratuidad de mi gracia. // Me gusta que en cierto sentido recen no solo libremente, sino como gratuitamente. / Me gusta que caigan de rodillas no solo libremente, sino como gratuitamente. / Me gusta que se entreguen y que entreguen su corazón y que se repongan y que se muestren y que aprecien no solo libremente, sino como gratuitamente. / Por último, me gusta que amen no solo libremente, sino como gratuitamente» (*«El misterio de los santos inocentes»*, en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 398, 403).

Este es el llamamiento de un Cristo que quiere ser amado por hombres libres.

5. NUESTRO CASO

Nosotros también nos hemos encontrado con una humanidad excepcional, marcada por unos rasgos excepcionales. Una humanidad concreta, tan concreta como Cristo, con su aspecto, su túnica, el borde de su manto. Nos hemos encontrado con una humanidad concreta, como la de Luca, Francesco, Caterina. Concreta: unos rostros, unas circunstancias.

Igual que entonces los discípulos veían gestos excepcionales, del mismo modo nosotros hemos visto y vemos gestos excepcionales. Pensando en estos días, me podría pasar horas contando cosas, hablando de gestos excepcionales que yo –yo, Francesco– he visto estos días, signos de la excepcionalidad del milagro de Cristo, es decir, un gesto que no se agota en la suma de sus elementos.

Veamos algún ejemplo.

Una familiaridad impensable. Ayer nos lo contaban nuestros amigos que han estado de Erasmus en Noruega, o Cecilia y los amigos portugueses. Una familiaridad, una comunión, una unidad que no tiene sentido sin Cristo. Decía Ester: «No estábamos juntos

por nuestra simpatía ni por nuestras afinidades. Esta familiaridad nació de la fe».

Una acogida –otro rasgo excepcional– sin límites, hasta el perdón. Nos decía Alfio ayer: «Yo soy un traidor en serie, pero siempre me han perdonado». Chicos, en este mundo que no te perdona nada y que te lo permite todo, como decía Chesterton, hay un lugar donde un traidor en serie (como él mismo se define) siempre ha sido perdonado; una acogida infinita, por tanto, hasta el perdón.

Una inteligencia de la realidad más profunda: me parece preciosa la historia de Alexandre, que nos mostraba cómo por la educación que recibía yendo a la caritativa, nació en él una mirada distinta hacia la situación sanitaria de la gente a la que visitaba, una mirada nueva que veía más profundamente, una mirada más verdadera, incluso más verdadera que la de su profesor, que había estudiado más. Nos decía: «Nunca fui a la caritativa buscando preguntas científicas, pero la gratuidad genera una forma de mirar la realidad que te hace ver cosas nuevas».

Un amor más verdadero entre hombre y mujer, como Alexandre nos testimoniaba también.

Una alegría impensable, incluso ante los dramas más misteriosos. Una alegría impensable que no es la suma de nuestros rostros, como decían los amigos de Tobías la última noche de sus vacaciones, o muchos de vosotros en lo que contáis de ciertos dramas familiares.

Por último –aunque aún podría continuar–, la experiencia de la filiación, la experiencia –¡no el sentimiento!– de ser amados, la certeza de ser queridos incluso cuando la vida parece haberte abandonado. «Yo soy hijo de una promesa», nos decía Yuri.

Nosotros también, delante de esta excepcionalidad, ante estos rasgos excepcionales, somos testigos de un anuncio: toda esta vida nueva que veis, amigos, toda esta vida excepcional que veis, nace de la persona de Cristo, tiene su origen en ese rostro, en esa figura,

tiene su origen en la persona de Cristo. Este es un anuncio que se nos hace, es una palabra que se nos dice: «La fe nace de la escucha» (cf. Rom 10, 17). Lo que importa es haber oído estas palabras. Nosotros lo hemos escuchado, y lo repetiremos siempre, hasta que se oiga: toda la belleza que podemos encontrar en esta compañía nuestra tan desastrosa nace de Cristo, es signo de su presencia en medio de nosotros. Este es el anuncio cristiano.

6. LA FE

Ante este anuncio, nosotros también vemos interpelada nuestra libertad, también estamos llamados a una decisión. Tal vez –espero– hoy, después de estos días, podamos entender mejor qué significa estar llamados a posicionarnos. «Soy incapaz de decir “Cristo”»: esta es la objeción que más oigo. Pero nadie pretende que seas capaz de decir «Cristo». La cuestión es si tú, amigo mío, puedes y quieres confiar en lo que se te dice.

Os leo una cita de Giussani que nos ayuda a entender que confiar en las palabras que otro dice (la fe) no es algo irracional.

«Si el Misterio es la verdad del hombre y la verdad como Misterio no se puede conocer, si el Misterio coincide con ese hombre que está ahí, la verdad es ese hombre que está ahí. [...] Es ese **hombre presente**. Este es el salto mortal contra el que se ha rebelado la humanidad estos siglos». ¿Por qué se rebelan? Porque confiar en otro para algo así supone depender de otro. Y el hombre, con toda su orgullosa presunción, quiere ser dueño de sí mismo. «Si alguien te dice esto [el anuncio de Cristo: “Yo soy Dios”], o quiere engañarte del modo más vulgar y terrible, y entonces sería para matarlo –¡en efecto!– o bien tiene razón (es decir, no tengo ninguna razón que oponer). ¿Quién es este? Debo repetir sus palabras, [para responder a esta pregunta] estoy obligado a repetir sus palabras porque no tengo ningún dato de la experiencia que contraponer a sus palabras. Solo tengo datos de la experiencia que confirman sus palabras

[toda esta belleza, toda esta excepcionalidad]: las confirman. Y cuanto más repito sus palabras, más las entiendo. [...] La pregunta a la que hay que responder está grabada dentro como la característica fundamental de tu responsabilidad, como la expresión suprema de tu humanidad [la pregunta que debemos responder está implantada dentro de nuestra vida]: “Y tú, ¿quién dices que soy yo?”, “Y vosotros [todos vosotros], ¿quién decís que soy?”. La única respuesta [la más razonable] es repetir lo que Él mismo dijo: “Sabemos que eres Dios porque lo has dicho”. De hecho, nadie puede hacer estas cosas más que Dios. [...] Ese es el cristiano: el testigo de lo que Él dice de sí. No el teólogo, sino el amigo del que está ahí: el que le cree. Le cree por el testimonio que ha dado de sí mismo, y acepta su testimonio porque no hay nadie que haga, que sepa hacer y decir las cosas como Él las hace y las dice. No solo no es normal, sino humanamente inexplicable. La fe afirma algo porque Él lo ha dicho. Como una roca. [...] Es razonable que uno acepte algo porque Él lo ha dicho, porque históricamente se puede aferrar y afirmar un comportamiento excepcional, una actuación excepcional, que no se ve en ninguna otra parte» (*Si può (veramente?) vivere così?*, Bur, Milán 1996, pp. 92-94). Eso es la fe, el anuncio que se nos ha hecho, es la fe que podemos vivir: creer en el anuncio y en las palabras que se nos dicen.

Crear en la palabra de otro no es un insulto a mi razón porque es la palabra que me permite entrar mejor en esa excepcionalidad que veo.

7. LA COMPAÑÍA Y LA ORACIÓN

Ese salto mortal (como lo llama Giussani) nos da miedo, es como si fuéramos a perdernos, perdernos a nosotros mismos por afirmar y por tanto ligar nuestra vida a algo así. Pero no solo eso. Como hemos visto estos días, dentro de nosotros hay una debilidad mortal, una flojera, por lo que hay momentos en que intuimos, nos fiamos, pero luego parece que todo se derrumba.

¿Qué nos sostiene entonces? Como decíamos en los Ejercicios, Giussani indicaba dos grandes cauces en el camino cristiano: la compañía y la oración. El camino de la fe es una exigencia mía, un acto mío. ¿Qué lugar ocupa entonces la comunidad, el hecho de estar aquí juntos? Retomo la cita de Benedicto XVI que leía Davide: «No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia [...]. Nuestra fe es verdaderamente personal [es mía] solo si es también comunitaria: puede ser mi fe solo si se vive y se mueve en el “nosotros” de la Iglesia» (Audencia general, 31 de octubre de 2012). ¿Por qué solo puede ser “mi” fe si es “nuestra” fe? Porque al principio no importa lo que tú sepas decir, importa lo que se te dice, el anuncio que recibes, y la confianza que otorgas a ese anuncio. La fe solo se vive dentro de una relación, nadie inventa solo la fe.

El encuentro inicial tuvo lugar dentro de una compañía, la excepcionalidad que me fascina está dentro de una compañía, el anuncio que se me hace se da en una compañía, en un lugar. Entonces, como con los apóstoles, es conviviendo con esta compañía –es decir, perteneciendo, estando dentro. El padre Pietro decía: «Por ósmosis, por contacto, ¡por cercanía!»– como puedo caminar en la fe. La noche de cantos de Adriana Mascagni me hizo volver a oír con asombro palabras que he oído toda mi vida. Palabras impresionantes: «El mal que hago no es mi mal [esta debilidad, esta flojera yo no la quiero]. Soy más miserable de lo que creía; / el mal que tengo dentro de mis huesos, / Padre, me tiene lejos de ti. [...] Haz que encuentre a quien sabe sufrir, / a quien sabe dar hasta el final [a quien sabe vivir el sufrimiento, a quien sabe amar hasta el final], / a quien es sincero, a quien es real [¡a quien tiene rasgos de humanidad más verdadera!] / aquel a quien yo pueda, al menos, seguir» (*Non son sincera*», *Cancionero*, p. 300). Esa es la ver-

dadera compañía: un lugar de testimonios, un lugar de humanidad más verdadera que nos rescata de nuestro mal y que por tanto podemos seguir; personas tocadas por la fe, por el anuncio de la fe, abandonadas a este anuncio. Esa es la Iglesia. Sin esta compañía, no puedo tener fe. No hablamos obviamente de fe en la compañía, ¡sino fe en Cristo! Una fe en Cristo que solo se da mediante una pertenencia, una confianza, una obediencia, un seguimiento, un estar, una vida dentro de una compañía. Por esta fe en Cristo, por esta meta más grande y bella a la que me lleva la compañía, como decíamos estos días (hablando de la meta de las excursiones), también puedo aceptar, incluso llegar a acoger, el escándalo de los límites de esa misma compañía.

El otro cauce, el otro instrumento es la oración, la petición, porque si bien es cierto que la fe es una gracia, también es cierto que es un acto de la libertad, por tanto debemos pedir, pedir justamente que podamos decir sí. Debemos rezar en nuestras comunidades. Nuestra compañía debe sostener la fe de todos, debe llamarnos a una vida que no viviremos de forma instintiva. Si no hay oración, falta el verdadero horizonte de nuestra compañía y entonces solo quedará nuestra desastrosa humanidad, que ya no remitirá a nada, cayendo así en el olvido de Cristo.

Nuestra vida es realmente un juego de gracia y petición, donde mi fidelidad y mi camino dentro de esta compañía son posibles por su fidelidad y por su gracia. Pero su gracia, ser perdonado siempre, suscita cada vez más en nosotros un deseo de fidelidad, es decir, de amar hasta el final, de responder hasta el final.

8. LA VERIFICACIÓN DE LA FE

La fe es confiar en lo que Cristo me ha dicho, a través de la compañía que he encontrado. Y Cristo –lo repetimos para no olvidarlo nunca– declara ser la respuesta a todo el deseo de mi corazón. Pero «si Cristo es de

verdad la respuesta a mi vida, tiene que “verse” de alguna manera» (L. Giussani, *Milano 1954: cronaca di una nascita*, «30 Giorni», n. 11/1988, p. 45).

El inicio del camino de la fe, es decir de esta confianza en las palabras de otro, puede ser fatigoso, pero dejemos de decir: soy incapaz de decir «Cristo», ¡ese no es el problema! Estás invitado a confiar en las palabras de otro, ¡así es como se llega, por gracia, a decir Cristo! El inicio de este camino de la fe y de la confianza abre inmediatamente también el camino de la verificación de la fe.

La verificación de la fe consiste entonces en verificar si, teniendo confianza, fe, en el anuncio de Cristo que se me hace, mi vida cambia, toda mi vida cambia. No si soy capaz de cambiar, sino si mi fe (la Presencia que reconozco), mi confianza en Él hace nueva la vida, si mi vida empieza a respirar por esa excepcionalidad que he visto, si empiezo a experimentar en mí, en mi vida, en todos los «continentes de mi vida», la victoria de Cristo presente.

«Verificar, darnos cuenta de la verdad del anuncio que se nos ha hecho, ¿pero a través de qué, cómo? Tratando de afrontar todos los problemas de nuestra vida teniendo presente esto, llevando en el corazón esa fe, a la luz de la fe; y si la fe es el reconocimiento de una presencia, afrontar todos los problemas de la existencia a la luz de esa presencia» (*ibidem*).

La verificación de la fe nace así de un deseo, de una exigencia que surge en nosotros por el encuentro con Cristo dentro de la Iglesia. Un deseo de totalidad: el deseo de que todo pueda tener que ver con el encuentro (porque si tú eres Dios, entonces todo tiene que ver contigo) con ese hombre excepcional. Todo se carga de una promesa de excepcionalidad. Todo puede volverse nuevo por ese encuentro. Solo una totalidad así corresponde de verdad, hasta el fondo, a nuestro corazón (porque nuestro corazón es una exigencia infinita). Escuchad estas palabras de Bergoglio en el prólogo de *El sentido reli-*

gioso: «El hombre no puede conformarse con respuestas a medias o parciales, obligándose a censurar u olvidar algún aspecto de la realidad. De hecho lo hacemos, y esa es la fuga, la huida de uno mismo. El hombre necesita una respuesta total, que abarque y salve todo el horizonte de su yo y de la existencia. Dentro de él lleva un anhelo de infinito, una tristeza infinita, una nostalgia [...] que no se apaga si no es con una respuesta igualmente infinita. El corazón del hombre resulta ser un signo de un misterio, es decir, de algo o alguien que sea respuesta infinita. Más acá del Misterio [de Dios], nunca las exigencias de felicidad, de amor, de justicia, encuentran una respuesta que satisfaga hasta el fondo el corazón del hombre. La vida sería un deseo absurdo si esta respuesta no existiera» (en L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, pp. 15-16). La verificación de la fe es el camino para descubrir que Cristo es verdad, cada vez más, que responde a mi vida entera, a mi corazón entero. La verificación de la fe es el descubrimiento de que Cristo es la victoria sobre el absurdo, la victoria del Misterio sobre el absurdo.

9. TOTALIDAD Y CAMINO

Hemos dicho que la verificación de la fe es un camino. Esta totalidad que deseamos, ver cómo Cristo cambia la vida entera, lo que tiene que decir sobre todas las circunstancias de la vida, es la meta del camino. «Lo que daba vida a nuestra amistad era la pretensión de totalidad» (L. Giussani, *Milano 1954: cronaca di una nascita*, op. cit., p. 46).

«Hay continentes enteros de mi vida donde aún no se ha plantado la cruz de Cristo» (G. Biffi, *La multiforme sapienza di Dio*, Cantagalli, Siena 2014, p. 114). Como nos decía acertadamente Martino, esta es una frase positiva, dolorosamente positiva, porque señala una carencia pero promete un camino. La totalidad es la meta, pero también es una experiencia que ya empieza; es la meta y el camino, es algo que ya comienza. Esta vida a la

luz de la Presencia que hemos encontrado es como un alba –siguiendo una imagen de don Giussani– donde todavía hay oscuridad pero ya empieza a verse una luz. Esa luz que empieza puede ser una minúscula llamita, pero viene totalmente cargada con la promesa del sol del mediodía. Cuando el sol caliente de lleno, iluminará, aclarará toda nuestra vida.

10. UNA VIDA NUEVA

Nosotros deseamos verificar que Cristo puede tocar todos los aspectos de nuestra existencia, y por tanto hacerlos nuevos. Entonces podemos redescubrir las tres dimensiones de la vida cristiana que Giussani tanto reclamaba y citaba como expresión de esa vida nueva. Las tres dimensiones de la vida cristiana son cultura, caridad y misión.

Cultura. La verificación de la fe se refiere sobre todo al juicio que tenemos de la realidad, de nosotros mismos y del mundo, eso es la cultura. Uno de vosotros preguntaba: «¿Qué tiene que ver Cristo con la ingeniería?». Debemos responder a esta pregunta.

Este trabajo de verificación y descubrimiento del nexo entre Cristo y la vida entera debemos hacerlo en primer lugar en el estudio. Podemos decir que en este aspecto tenemos ciertas carencias. No porque estudiemos poco, sino porque vivimos el estudio al margen del encuentro que hemos tenido. Pocas veces, visitando nuestras comunidades el año pasado, ha salido en nuestras asambleas el tema del estudio. Anoche vimos esta debilidad nuestra de forma clamorosa –y simpática– durante los preciosos testimonios de nuestros amigos que han estado de Erasmus. De cuatro testimonios, ¡ninguno mencionó el estudio!

Creo que esto también se debe al hecho de que vivimos inmersos en una cultura que nos hace vivir la universidad siempre preocupados por los plazos, la nota media, el nivel mínimo que tenemos que alcanzar para poder dar el siguiente paso y acabar la carrera.

¿Cuándo disfrutamos del estudio? ¿Cuándo nos sorprendemos por lo que aprendemos? ¿Cuándo nos maravillamos ante la belleza de algo nuevo que hemos aprendido?

Sin dejar de lado los demás aspectos, que también son importantes (claro que hay que aprobar los exámenes), el verdadero gusto por el estudio es la sorpresa de captar el nexo que hay entre lo que estudio y mi felicidad, la sorpresa por el hecho de que lo que estudio tiene que ver con mi destino, con mi felicidad, y por tanto tiene que ver con Cristo. Debemos ayudarnos en esto. El estudio es el primer ámbito donde debemos realizar esta verificación de la fe.

La verificación de la fe también se pone en juego al juzgar lo que sucede a nuestro alrededor. ¡Cuántas provocaciones que la realidad nos ofrece esperan esta verificación de nosotros, esta cultura! Por ejemplo, ¿qué tiene que decir el encuentro que hemos tenido sobre la perspectiva del hombre que ya comparten todos de forma totalmente homologada, de modo que todos piensan lo mismo sobre el afecto, sobre el sentido de nacer y morir, sobre la persona concebida únicamente como titular de derechos subjetivos?

Nuestra amiga preguntaba cómo conocer lo que la Iglesia enseña sobre la vida. Creo que es una pregunta justa, que debemos afrontar de forma ordenada y bella. Es una pregunta justa porque si Cristo tiene que ver con todo, y el anuncio de Cristo me ha llegado mediante esta compañía, entonces quiero saber qué piensa esta compañía de las cosas. Esta compañía –la Iglesia– lleva dos mil años verificando la fe. Me gustaría que todos tuviéramos la humildad de preguntarle a quien ya ha hecho esa verificación qué piensa de la vida. Por tanto es justo, más aún, es imprescindible desear saber y conocer qué piensa la Iglesia. Pero está claro que si la forma de conocer lo que piensa la Iglesia solo fuera organizar cursos de reciclaje nos hartaríamos, todo se volvería árido enseñada.

Recomiendo dos caminos para aprender a mirar el mundo a la luz de las enseñanzas de la Iglesia. El primero es vivir bien nuestras propuestas, retomar los contenidos que proponemos (me refiero a la Escuela de comunidad, los juicios que indicamos, los libros que recomendamos, etcétera). El segundo es profundizar en la enseñanza de la Iglesia partiendo de las provocaciones que la realidad nos pone delante. Por ejemplo, en la diaconía de Milán, uno de nosotros preguntaba al final de curso sobre un encuentro que hubo en el Politécnico sobre la homoparentalidad. Comentamos que nos ayudaríamos a profundizar en este tema para dar un juicio. Creo que este trabajo cultural es importante para todos. Sería bueno que algunos de nosotros se implicaran para ayudar a todos en este trabajo de juicio sistemático de la actualidad, para sostener el camino de verificación de la fe de todos nosotros.

Caridad. El segundo aspecto en esta verificación es la caridad. La caridad es un amor nuevo. Estamos llamados a mirar a la gente (padre, madre, compañero de clase, amigo, novio o novia) con esta pregunta dentro: «¿Qué tiene que ver Cristo contigo?». Entonces la relación se llena de novedad, de expectación, de intensidad, de profundidad y capacidad de espera, de respeto, de gratuidad. Porque si tienes algo que tenga que ver con el misterio de Dios, yo me arrodillo ante ti, te adoro, no te «tomo» igual que se agarra un objeto que poseemos. El culmen de la caridad es la virginidad, es aprender a mirar al otro amándolo como signo del misterio de Dios, como nexo con Cristo. Imaginaos lo que significa mirar así las relaciones, vivir así, con este sentido profundo de la presencia del misterio de Dios dentro, con una distancia no vacía, sino ¡llena de la belleza de Dios! Entonces la relación con un amigo tiene que ver con toda la historia que he vivido en el movimiento, con estos días, con el glaciar que hemos visto en la excursión, ¡tiene que

ver con todo! Ese momento de relación lleva dentro toda la historia, el mundo, lleva dentro a Dios. La caridad que nace de la fe es el amor a Cristo en cada hombre. Como dice Egied Van Broeckhoven en su libro *La amistad*: «Señor, hazme encontrar en cada hombre la tierra inexplorada que Tú eres». La caridad incluso entre nosotros, esta mirada entre nosotros, es un rasgo excepcional de Cristo. Él miraba así a todos los hombres: «Tuyos eran, Señor, y tú me los diste» (cfr. Jn 17,6).

Misión. Hay un último aspecto de esta vida nueva que quiero subrayar, la misión.

Quien se encontraba con Cristo quedaba impactado por su amor al hombre, por su pasión infinita por cada hombre, su profunda pasión por darlo todo por el hombre. «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). «Siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8). «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20). Una pasión extraordinaria por el hombre era uno de sus rasgos característicos y era el fruto de su amor por el Padre, porque él vivía en cada encuentro la relación con su Padre.

Una de las características de la vida nueva, excepcional, que ha traído Cristo, esa vida nueva que queremos descubrir cada vez más, es la pasión por todos los hombres. Nuestros amigos que han estado de Erasmo lo contaban anoche de forma preciosa. Por sus compañeros de clase, por sus amigos, por sus familias, por todos. Un anhelo sincero, no artificioso, y profundo de que todos puedan ser tan felices como nosotros. Es la gran victoria sobre la cerrazón en uno mismo y el individualismo, el egoísmo que tanto atenaza nuestras jornadas. Es la victoria sobre la mezquindad de nuestros pequeños horizontes, llenos de cálculos. Una vida dominada por una pasión por el otro y por tanto por la misión, para que todos puedan conocer, para que todos puedan recibir la luz de ese alba de felicidad plena que es la vida con Cristo.

CONCLUSIÓN

Proyección: *Cristo Salvador*, de A. Rublev.

Volvamos a nuestro icono de Rublev. En un momento dado de la historia se perdió el rastro de este icono, hasta que afortunadamente se recuperó. Siendo una tabla de madera bastante grande, la usaban en un establo como tablero en el pavimento, con la imagen hacia abajo. Quedó totalmente destrozada al estar en contacto con la humedad, aparte de ser pisoteada. Pero extraordinariamente la única parte que no se desgastó fue el rostro de Cristo. Cuando lo encontraron, se dieron cuenta de que todo se había echado a perder, pero ese rostro perduró. ¡De la suciedad del suelo de un establo surgió ese rostro!

El sentido de nuestra compañía es acompañarnos para descubrir «ese» Rostro, que hoy también puede estar sepultado por la suciedad y el olvido. Pero Cristo es fiel. Ninguna suciedad ni olvido desgastarán nunca su rostro. Esta compañía nos acompaña para descubrirlo siempre de nuevo.

